



Año IV. Barcelona 26 de Diciembre de 1890. Núm. 185.

LA Semana Cómica

LIT. MIRALLES. UNION 17.

DIRECTOR: J. FERNÁNDEZ DE LA REGUERA

NUESTRAS ACTRICES, POR ESCALER

Periódico literario, ilustrado

Administración: Vertrallans, 3, 1.º

Horas de despacho: de 2 á 4 tarde

Precios de suscripción

Barcelona. . . . 1'50 ptas. trimestre

Provincias. . . . 5 " semestre

Números atrasados: 2 real.



CÁNDIDA FOLGADO

Ayuntamiento de Madrid

NATURALISMO

La naturaleza hizo al hombre.

Y un hombre, Zola, hizo el naturalismo, de donde procede la escuela naturalista, á la cual pertenecen varios hijos de familia que pudiendo apenas ser escribientes, se llaman escritores naturalistas con la mayor naturalidad.

Y ¡naturalmente! resulta de ahí la natural confusión.

Se toma el naturalismo como sinónimo de realismo y se confunde muchas veces con materialismo, armándose una de *ismos* que no conducen á ninguna parte.

Por esto yo que sé donde estoy y desde donde hablo, no iré á perderme por esos laberintos, ni á meterme en esos berenjenales.

Me limitaré á darles á Vdes. cuenta de una visita que recibí noches pasadas, y que tiene relación con el naturalismo y con Zola, por tratarse de un zolista, ó mejor dicho, de un *solista*, pues no fué malo el *solo* que estuvo dándome, durante dos horas.

—¿Es Vd. el redactor de *Rigoletto*?

—Servidor de Vd.

—Pues... venía á leerle una novela realista...

—No se moleste Vd. porque soy republicano.

—Es una novela que he escrito yo, pero no tiene nada que ver con reyes ni pontífices; la llamo *realista* por sus tendencias hacia el realismo ó el naturalismo.

—Es lo mismo.

—Si señor; yo sigo los pasos de Zola, de Daudet, de Guy de Maupasant...

—Muchos pasos me parecen, pero... ¡adelante!

—La novela es de un carácter verdaderamente humano. Figúrese Vd. que pinto todos los vicios de una sociedad...

—¿De una sociedad cooperativa?

No señor; de una sociedad baja y rastrera, que comete los más espantosos crímenes.

—¿Y esto dice Vd. que es humano? A mí me parece inhumano y cruel.

—No lo crea Vd.; porque con todo esto tiendo á corregir semejantes vicios. Mi protagonista es una perdida, que tiene por amante á un borracho, el cual está en combinación con un ratero para robarle dos millones á un banquero crápula.

—¡Por Dios! ¿Y como se titula esto?

—¡*Podredumbre*! Voy á tirar quince mil ejemplares.

—(¿A una cloaca?)

—Quince mil ejemplares que se vendrán como pan bendito.

—¡Quite Vd.! ¡Qué se ha de vender

como pan bendito eso de la *podredumbre*! Lo que yo creo es que con el libro debe Vd. dar un desinfectante ó si no, mal veo la venta.

—Tiene Vd. razón, no se me había ocurrido; puede que esto llame la atención por la novedad.

—Es la única manera de sacar adelante esa clase de novelas.

—Pues si viera Vd. la obra que he dado al teatro... Se titula *Cieno*.

—¿Y eso ha dado Vd. al teatro? A quien debía Vd. darlo es á la empresa de carros atmosféricos.

—¡*Cieno*, drama en tres actos y en prosa...

—No se moleste Vd. puede dejarlo aquí y lo leeré yo luego, por mi cuenta... y riesgo.

—En este caso lo que puedo hacer...

—Si señor, lo que puede Vd. hacer es marcharse y volver mañana ó pasado ó el año que viene.

—No señor, para no incomodarle á Vd. otra vez, le dejaré el drama y la novela y le leeré ahora un articulito de una colección que pienso publicar dentro de breves días.

—Así me gusta, la *brevedad* sobre todo.

—Mire Vd. el libro se titula *Vicios y miserias* y debajo pondré *cuadros sociales* y luego entre paréntesis *d'apres nature*, así en francés y todo, para que se entienda mejor. Y cada artículo lleva su título especial y sus paréntesis correspondientes: Así, por ejemplo... Voy á ver si le gusta á Vd. *La mujer desnuda*.

—La mujer me agrada de todos modos.

—Hablo de mi artículo titulado *La mujer desnuda, estudios del natural*.

—¡Hombre!

—Pero más le ha de gustar á Vd. este otro: *La querida de Leonardo, escenas de la vida real*.

—Eso es; la realidad siempre por delante, en las cubiertas, en los epígrafes; porque si después no se encuentra en el libro, todo esto tienen ahorrado usted y los lectores.

Conozco muchos jóvenes como usted que tal vez serían ¡buenos comerciantes, ó unos excelentes corredores de bolsa y algunos hasta zapateros honrados y se han metido á escribir de esa manera, sin saber lo que se ha hecho.

¿Usted cree que para seguir los pasos de los buenos maestros del naturalismo, basta con lo que hacen ustedes?

¿Piensa que sin estudio, ni erudición, ni talento, ni observación detenida puede copiarse, así como así, la vida humana?

No se engaña al público con poner en la carátula un título incitante y añadir *del natural ó d'apres nature*, para que se figuren que sabe Vd. el francés.

—Verá Vd., no lo hablo perfectamente, pero sé lo bastante: *d'après nature* para el epígrafe de mis artículos y «*d' suite*» para el final de los que no dejo terminados. Con esto ¿para que necesito yo más gramática francesa?

—Tiene Vd. razón. Pero yo no hablaba por Vd., apreciable jóven; me refería á la multitud de escritores que van saliendo ahora, llamándose discípulos de Zola, sin

que el maestro se haya enterado de que los tiene.

—Eso mismo le decía yo á un amigo mio, andaluz y también aficionado á emborronar cuartillas y que presumía, como yo, de naturalista:

—¿Qué le decía Vd.?

—Que entendiendo por naturalismo la copia de la verdad, ¿cómo había de ser naturalista un andaluz?

JUAN DE LA CRUZ FERRER.

LA VIDA NO ES SUEÑO

En obra que maravilla se pretendió con empeño probar que la vida es sueño, siendo, como es, pesadilla,

—palabra que no denota lo pesado del vivir; fuera mejor escribir que la vida es «pesadota»—

Como es el error de marca, voy, con el mayor *respepto*, á combatir el concepto de Calderón de la Barca.

En el modo de vivir de ahora, hay que confesar que no cabe el descansar, ni, por lo tanto, el dormir, y en un mundo en que factible no es conciliación ninguna, conciliar el sueño es una cosa del todo imposible.

La gente el descanso olvida y el sueño en desuso está; yo sé de uno que no ha pegado el ojo en su vida.

Le están dando á troche y mo-consejos, pero no se [che corrige; es un chico que trabaja mucho de noche.

Tan agitada y revuelta anda ahora la sociedad, que es un sueño de verdad

el dormir á pierna suelta.

Solo así dormir le es dado al tunante que se esconde en cualquier presidio, donde tiene el pan asegurado

y no juzgo exageradas concesiones permitir á pierna suelta dormir á quien las dos tiene atadas.

También, casi por rutina, echan sueños prolongados muchos altos empleados, cada cual en su oficina, como, ya por tradición, los echan de los mejores parte de los senadores á las horas de sesión.

Por los demás el tranquilo dormir en vano se anhela; pasan las noches en vela, como los días en vilo.

El de durmiente es papel de difícil desempeño, y si alguno «coge el sueño» se lo guarda para él.

Quizá antes se soñaría, pero en los tiempos que son ya nadie sueña, á excepción del que echa á la lotería.

Las jóvenes agraciadas y pobres no sueñan ya

ser ricas merced á la gracia de que están dotadas.

Ninguna de ellas espera que un rico las dé la mano, y, á no ser con fin liviano, las cuentas de la lechera no hay ninguna que se eche, porque lo impide una traba: ¡saben que todo se acaba en vertiéndose la leche!

Los genios, del arte fieles y muchos cultivadores, por falta de admiradores, duermen sobre sus laureles, que á todo genio que llama del público la atención al par que reputación le proporciona éste cama; pero esto que cojan el sueño no es querer decir, ¡cualquiera se echa á dormir sobre un montón de laurel!

Por tanto, se equivocó quien con magistral empeño probar que la vida es sueño inútilmente intentó.

Es ello un error de marca, pero me cabe el honor de haber deshecho el error de Calderón de la Barca. (¡!)

FERNANDO SEGURA.

A QUIEN ME RETA

De la tarjeta de usted me he enterado el otro día, y por ella he visto que, muy serio, me desafia.

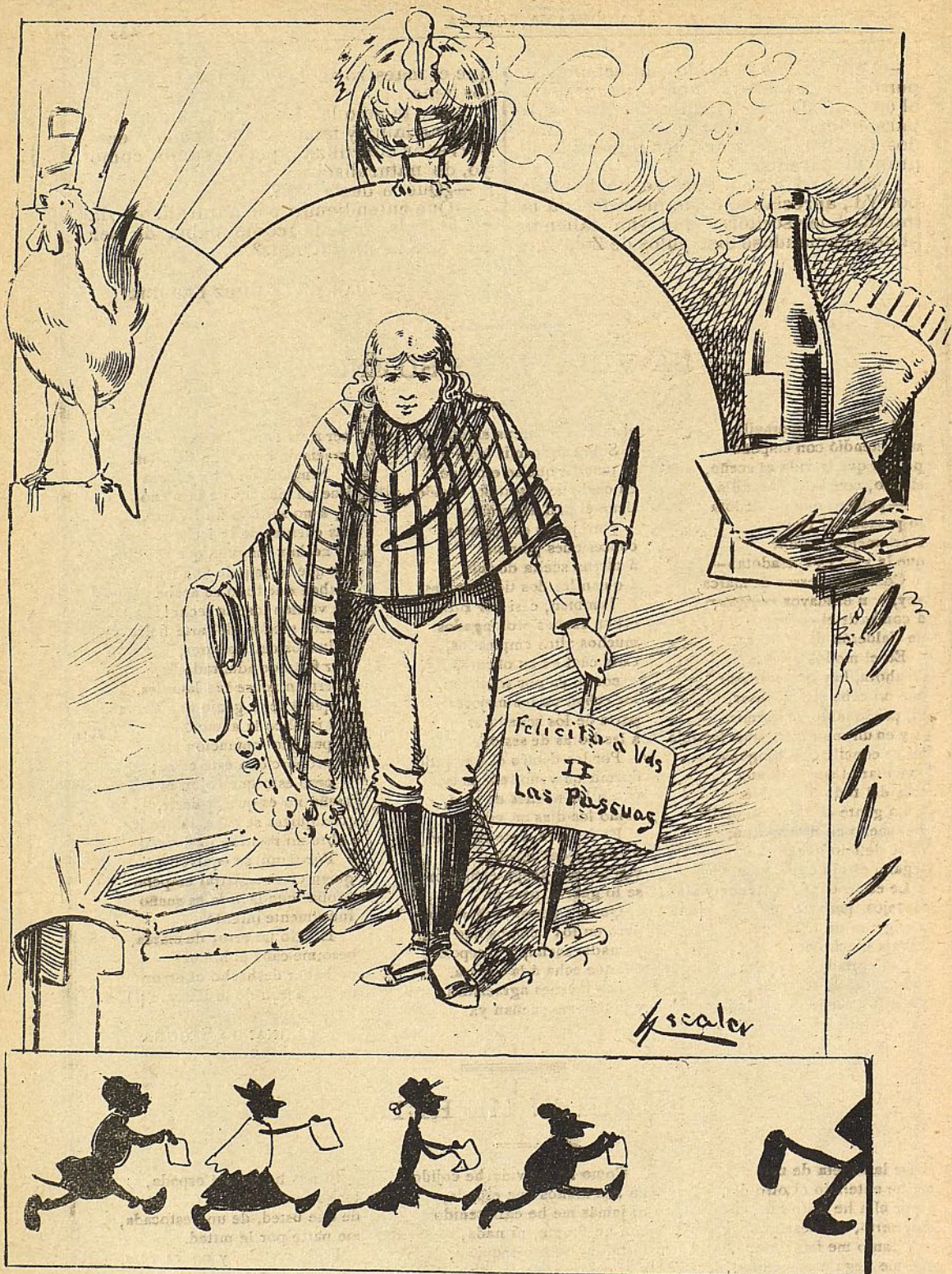
Y tanto me impresionó, que me llega á preocupar... ¡Si le digo á usted que no he cesado de temblar!...

Como en mi vida he cojido en mis manos una espada, ni jamás me he entretenido con un florete, ni nada, la tal tarjeta me inquieta, y el corazón me acribilla, y hoy es esa cruel tarjeta mi constante pesadilla.

Si nos batimos á espada, tengo la seguridad de que usted, de una estocada, me parte por la mitad.

En la pistola, y no es *bola*, no hay ninguno que me tema, pues para mí una pistola viene á ser como un problema.

FELICITACIÓN, POR ESCALER



EXCUSA, POR CILLA



—¡Ay, dispense Vd! La había tomado por una señora amiga mía...
—Pues, á juzgar por la atrocidad que la había Vd. dicho... buena señora debe de estar ella.

Y puede ser que al tirar,
mirando á usted con anhelo,
fuera la bala á pegar
á algun testigo del duelo.
Sería, pues, un atun
si fuera á batirme así.
¿Le es á usted igual que algun
cochero acuda por mí?
Yo sé que él aceptará
sin temores ni suspiros,
porque los cocheros ya
saben dirigir los tiros.
Este es el medio más grato
y el que yo encuentro mejor.

Si no es así, no me bato.
¡No me bato, no señor!
Temo mucho á los desvelos
que los duelos traer suelen,
pues casi todos los duelos
traen consecuencias que duelen.
¿Yo duelos? ¡Si estoy temblan-
do
cuando un duelo llevo á ver!
¡Solo quiero el que haya cuando
se me muera mi mujer!
Batirse es un disparate,
y á batirme no me atrevo,
porque el hombre que *se bate*

se pone al nivel de un huevo.
Con que ya está usted enterado:
yo no quiero desafíos.
Por lo que he manifestado,
huyo siempre de esos líos.
Más si usted, para obligarme
á pasar la vida inquieta,
quiere volver á retarme
y me manda otra tarjeta,
me hago á sus retos el sordo,
é, imitando su cinismo,
agarro un palo muy gordo
y le rompo á usted el bautismo!

ALEJANDRO NIETO.

Un beso al cañon.

I.

¡Cuan apacible es mi vida! Aunque ya hace muchos años que me hallo aquí olvidado como cosa inútil, no siento ni el menor deseo de ambición; estoy bajo la sombra de los árboles, se posan en mi los pajarillos y por la última primavera, de mi boca llena de tierra, brotaron algunas florecillas. Esto me pone alegre.

¡Cuanta nieve cae y me cubre y se hiela sobre mi bronce durante el invierno!

El sol del verano me abrasa y casi siento en ocasiones tanto fuego como si me hallara en un horno de fundición.

Pero, con todo, vivo feliz en mi escondite.

No he merecido ser llevado á un museo de material de artillería para señalar mi época en la historia de las máquinas de guerra, que empieza en la catapulta y acaba en los formidables cañones de sitio modernos, pero tampoco he sido sumariado y clavado por falta alguna. Soy un cañón inválido que goza de su retiro. Yo y otros como yo somos una riqueza que en bronce tiene la patria.

Bueno sería que si, como se dice, nada servimos ya para la artillería moderna, nos emplearan para fundir estatuas de héroes.... Pero ¿qué valdrá lo que yo ahora diga? En otro tiempo mi voz era temible. En mi juventud apostrofé á los franceses y luego á los realistas. Algo ha dicho esta boca en favor de la independencia y de la libertad de la patria.... Pero hoy nadie hace caso de este viejo cañón que ya ni aun vale lo que una carraca. Si al menos hubiera acabado por verme convertido en campana como otros compañeros míos.... ¡Mala sombra! ¡No les envidio! Haber servido como un león en la guerra, para verse después convertido en beata, bailarina de campanario, tocando á maitines y á requiem.... ¡Me contento con mi suerte, cañón viejo mejor que campana nueva! Y sin embargo, daría cualquier cosa porque las gentes conociesen algunos episodios de mi vida.... ¡Cuánto y cuán gloriosamente he rodado por esos mundos de Dios! ¡Por cuántos valerosos artilleros me he visto servido! ¡Aun me parece hallarme con las entrañas repletas de carga, aun creo que el fuego brota en mi

y que mi boca vomita relámpagos, habla como el trueno y escupe bronce al enemigo! Envuelto en las espesas nubes grises de la pólvora, que eran mi aliento, he bramado terriblemente en Africa y en las sombrías y abruptas montañas de Vizcaya, y por la revolución, en las calles, y en favor del rey después! ¡Ah! pero jamás he amado, servido ciegamente, como se debe servir en la guerra. Un cañón ha de ser duro y terrible.... y sin embargo, repito que siento con toda mi alma no tener ya voz, no repicar como campana de monjas para referir al valle, á los montes cercanos, cuanto hoy abruma mi memoria.

¡Cuánto episodio ha habido interesante en mi vida y que desde luego no podrían adivinar las gentes que hoy me ven aquí, tirado, sirviendo de caballo á los chiquitines y de asiento á los transeúntes, y con la boca repleta de tierra en la cual han echado raíces algunas flores!

II

Recuerdo que me llevaban precipitada, ferozmente, á la carrera, y que mis ruedas saltaban echando chispas, por un camino pedregoso y quebrado. El estruendo que yo y mis compañeros de batería armábamos era nuestro contento; los monstruos teníamos en lo tempestuoso y atronador nuestras alegrías; causar espanto es nuestro júbilo de demonios.

Allá á lo lejos oíamos los estampidos de otros cañones puestos en espantosa polémica con los enemigos; pronto, según la rapidez y la fuerza con que nos arrastraban, estaríamos metidos en aquella algazara y haríamos nuestra sangrienta jugada. ¡Oh! la pólvora ¡cuánto hace que no la siento en mis fauces ni aun para una salva!

¿Dónde me vi? En un alto dominando con mi ojo y boca á la vez, toda una llanura, ensordeciendo á los artilleros con mis tremebundos disparos, celebrados por ahullidos de gozo.

La candente niebla de nuestra batería se elevaba como humo de un volcán sobre la meseta, allá en el valle, y sobre los pelotones del ejército enemigo lanzábamos certeros nuestros proyectiles, atronábamos con nuestras espantosas detonaciones el espacio, como voces terribles que demandaban impetiosa y prontamente la victoria!

Sentíamos en nuestros vientres de bronce estallar

la soberbia humana; la malignidad humana nos prestaba una intención siniestra y en medio del horror, no aparecíamos como máquinas inanimadas, como mozas inertes, sino como feroces y titánicos seres viviendo del espíritu del mal en los supremos instantes de la disolución y de la muerte. Yo me llamo Tigre; León se llamaba otro de mis camaradas! Nombres de fieras, ¡inferías! Eramos aun más terribles que los animales carniceros de los desiertos y que las fieras... ¡Cuántas víctimas! ¡Locos goces de nuestra brutalidad irresistible!

Ni un ave volaba por los espacios; turbias que daban las fuentes, ardían las chozas y los campos; hacinados se veían después los cadáveres de los hombres. ¡No produce mayores desastres la tempestad de los cielos que los que causábamos sin tregua en la tierra! ¡Oh, que embriaguez de barbarie!

Hubo un momento ¡no sabíamos por qué! hubo un momento en que el fuego cesó y nuestras fauces se enfriaron... ¡Habíamos devorado las municiones! ¿faltaban ya artilleros que nos sirvieran? ¿Quién podía decirlo? ¡Pocos soldados quedaban ya para mi servicio!

¡Mil infiernos! ¿Nos clavarían? ¿Tendríamos que vernos arrastrados en vergonzosa fuga? ¿Se apoderaría de nosotros el enemigo?

El silencio fué triste é imponente... Luego á lo lejos se oyeron toques de clarines en clamoreo confuso. Yo permanecía inmóvil, frío y mudo.

Ya solo quedaban junto á mi dos artilleros... Supe que á los demás cañones les habían arrastrado á retaguardia... A mi era difícil sacarme de allí... pero supe con orgullo que se proponían defenderme. El enemigo tal vez avanzaría para apresarme... ¡Terrible suerte después de haber yo prestado tan grandes servicios!

Pero repito que supe con gozo que dos de mis artilleros habían resuelto defenderme con heroísmo, resistir, valerosos puestos al pie mío, hasta que el refuerzo rechazara al enemigo y entonces fuera fácil arrancarme de aquel sitio ó ponerme de nuevo en combate.

Sentí que las balas de fusil zumbaban por una y otra parte... Algunos enemigos rastreándose lograron llegar á la meseta... Uno de mis artilleros murió de un balazo en la frente y el otro se parapetó tras de mí y con su carabina dejó tendidos á tres de los audaces. La sangre manaba por el brazo de mi defensor. ¡Ah! pero su coraje era heroico, merecía haber tenido de bronce las carnes... Siguió haciendo fuego, ya no quedaba más que un solo enemigo de los seis que se habían aventurado á conquistarme... Uno solo, pero mi defensor no tenía municiones... Se arrojó, machete en mano, contra él pero fué rechazado y desarmado; entonces tornó á embestirle abrazándose al contrario, navaja en mano. ¡Ruda y terrible lucha! Mi defensor logró á fuerza de bregar hundir en el pecho de su enemigo su acero... y luego oyó el ruidoso avance del refuerzo que por esos vaivenes ó marcos de la guerra, volvía al campo perdido... Y entonces mi defensor, herido mortalmente en el pecho, se arrastró hasta mí, y... fué ya exámine y moribundo, pero abrazóse á mi cuello, besó mi boca de bronce y dijo con alegría llena de heroísmo... alegría que no vieron los hombres, que quizás sólo Dios vió en aquel instante:

—¡Cañon mío... te he salvado!

¿Quién supo esto? Nadie; sólo yo, que aquí me hallo olvidado y despreciado y tan desconocido como aquel mi artillero, héroe anónimo, que luchó y pereció ignorado entre el montón.

JOSÉ ZAHONERO.

LA ROSA

I.

—¡Estás hoy encantadora!
—¿Te gusto?

—Pues ya lo creo;
me parece que te veo
por primera vez ahora.
—Eso será que tus ojos
me miran de otra manera.
—Es que estás más hechicera
que nunca.

—Serán antojos.
—No; que noto un *no se qué*
que me abrasa, en tu mirada;
hasta estás engalanada
como nunca te encontré.
¡Y qué rosa tan hermosa
llevas al pecho prendida!
Oye, Carmen de mi vida,
¿me quieres dar esa rosa?
—¿Por qué no? Si á tí te gusta,

á nadie mejor que á tí.
Toma...

—... No; déjala ahí;
el quitártela me asusta.

—Mas...
—De tu pecho, alma mía;
fuera un crimen arrancarla;
yo, lo mismo en deshojarla
que en cogerla tardaría;
y es esa flor tan hermosa,
tan rojas sus hojas son...
¡que me diera compasión
de deshojarte la rosa!

II.

—¿Qué tienes? Te encuentro
pálida la faz ajada, [mústia;
y en tus ojos retratada
la expresión de cruel angustia.
Tu hermoso rostro afligido
del llanto conserva huella.

¿Estás enferma, mi estrella?

¿Acaso te han ofendido?

—¡Ah, no! No causan mi llanto
un insulto ni un dolor...

¡Es que he perdido la flor
que á tí te gustaba tanto!

—¡La perdiste!... ¿Cómo fué?

—Te juro que sin sentirlo
y sin poder impedirlo.

—¿Pero?

—Mi primo José
volvió ayer de Panticosa;
me dió un abrazo al entrar,
y tanto quiso apretar,
que... ¡me deshojó la rosa!
—¿Con que tu primo?.. Le estimo
la lección; no he de olvidarla..
(¡Yo, que quise respetarla
fué el verdadero *primol*!)

EDUARDO GARCIA



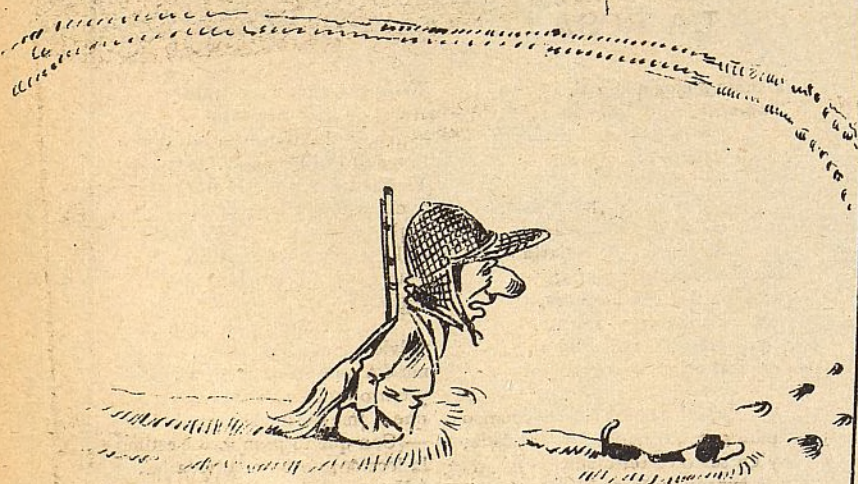
—¡Demontre! ¡Me he perdido!



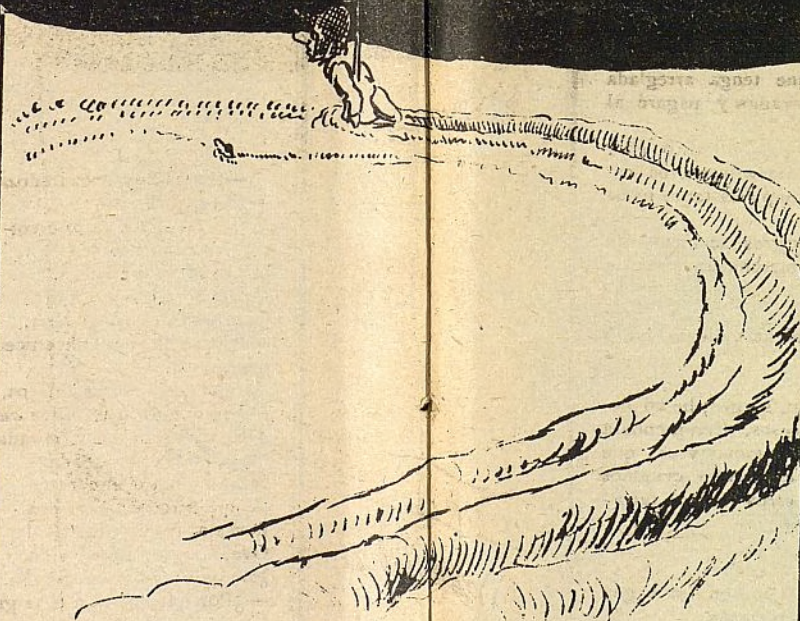
—Busquemos



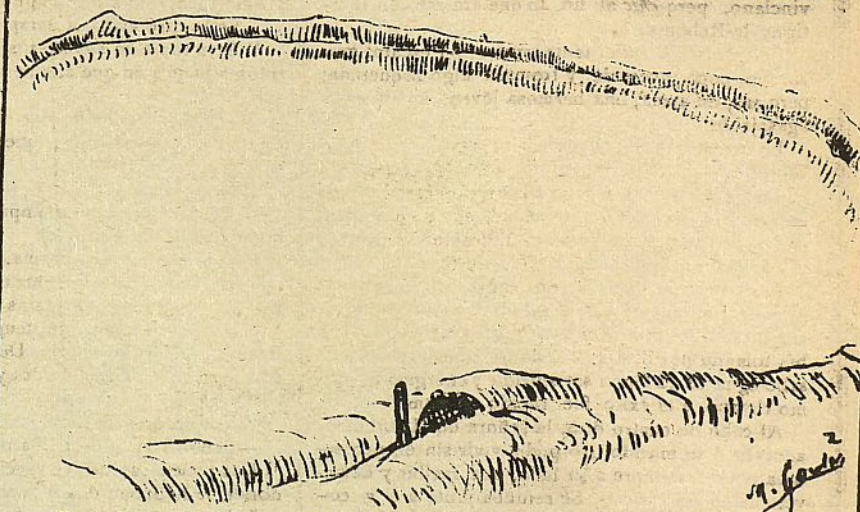
—¡Calla! ¡Pisadas de otro cazador, sin duda!



—Sigámoslas



Y la nieve sigue cayendo, cayendo.....



Y he aquí como un cazador puede andar dando vueltas sobre sus propias huellas por los siglos de los siglos.

ESCEPTICISMO Y REALISMO

Mi condiscípulo Arturo, escéptico cual no hay dos, me encontró, me dijo «¡adios!»... y me pidió medio duro.

Y yo, á mis amigos fiel siempre que tengo dinero, le dí á Arturo un duro entero..... quedándome yo sin él.

Y por ver si la quimera de su mente desterraba, le dije que en qué pensaba, y me habló de esta manera:

—Pepe, ni gozo ni siento; este mundo es una tumba y en su fondo se derrumba mi atrofiado pensamiento.

La ley es cosa ficticia, la honradez cosa ideal; ya no existe la moral

y es un mito la justicia.

Vergüenza, la tienen pocos, y menos, educación; ¿qué más? hasta la razón está... en las casas de locos.

Todo el que espera se engaña. Lucha la fe con la ciencia y se oculta la inocencia... ¡en las cárceles de España!

Los hombres me dan erojos y las mujeres agravios; ya no hay frases en mis labios ni lágrimas en mis ojos

Este mundo, hartito insensato, dejo con gozo ¡lo juro! Hoy mismo, con este duro, compro un puñal... ¡y me mato!

Lo que hoy me prestas olvida, y olvídate de mi suerte;

tu duro me dá la muerte,

¡que es la verdadera vida!

Tan pronto se hubo explicado, de sus ideas en pos, me abrazó, me dijo «adios» y se apartó de mi lado.

¡Pobrecillo! Me contrista con su eterno padecer.

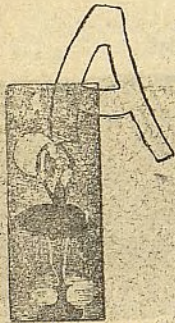
.....

NOTA. Le vi anteayer del brazo de una modista.

Y al oír lo que decía y al ver el paraje oscuro, me dije: ¡Efectos del duro que le presté el otro día!

JOSÉ BORRÁS.

LA DOTE.



nadie causó extrañeza el matrimonio de Simón Lebrument con la señorita Juana Cordier. El señor Lebrument acababa de comprar la notaría del señor Papillón; necesitaba dinero para pagarla, y la señorita Cordier poseía trescientos mil francos líquidos en billetes de banco y títulos al portador.

El señor Lebrument era un hermoso joven que tenía *chic*, un *chic* de notario, un *chic* provinciano, pero *chic* al fin, lo que era raro en Boutigny-le-Rebours.

La señorita Cordier tenía gracia y frescura; gracia un poco averiada y frescura algo zoquetuda; pero era, en suma, una hermosa joven, apetitosa y agasajable.

La ceremonia de desposorios revolvio á todo Boutigny.

Todos admiraron mucho á los recién casados, que entraron á ocultar su felicidad en el domicilio conyugal, habiendo resuelto únicamente efectuar un viajecito á París algunos días después.

Los primeros días fueron encantadores porque el buen Lebrument había sabido demostrar á su mujer una delicadeza y unos gustos notables. Había tomado por divisa: «Todo lo consigo el que sabe aguardar.» Supo ser sufrido y enérgico al mismo tiempo, y el éxito fué rápido y completo.

Al cabo de cuatro días, la señora de Lebrument adoraba á su marido. No podía vivir sin él, necesitaba tenerlo siempre á su lado, para recibir y devolver sus dulces caricias. Se sentaba junto á él y cogiéndole las orejas, le decía: «Abre la boca y

cierra los ojos.» El abría la boca confiadamente, cerraba á medias los ojos, y recibía un dulce y tierno beso prolongado que lo hacía estremecer de gozo. Y á su vez él no tenía suficientes caricias, suficientes labios, suficientes manos, y no le bastaba toda su persona para festejar á su mujer continuamente.

Transcurrida la primera semana, dijo á su joven compañera:

—Si quieres, marcharemos á París el martes que viene. Haremos como los amantes que no son casados, iremos á los restaurantes, al teatro, á los cafés cantantes, á todas partes.

Ella saltaba de alegría.

—¡Oh!, vámonos cuanto antes.

—Y además —añadió él— como no debemos olvidar nada, avisa á un padre que tenga arreglada tu dote; yo la llevaré cuando vayamos y pagaré al mismo tiempo al señor Papillón.

—Se lo diré mañana temprano,—contestó ella.

Y él la tomó en sus brazos para volver á los cariñosos juegos en que ella se complacía tanto hacia ocho días.

El martes siguiente, los suegros acompañaron á la estación á sus hijos, que marchaban para la capital.

El suegro decía:

—Te digo que es una imprudencia llevar tanto dinero en la cartera.

Y el joven notario sonreía.

—No se inquiete Vd. por eso, suegro; he adquirido la costumbre de estas cosas. Comprenderá Vd. que, en mi profesión, tengo algunas veces que llevar conmigo un millón. De ese modo evitamos una porción de formalidades y otros cuantos retrasos. Pierda Vd. cuidado.

El empleado gritaba:

—Señores viajeros de París, al coche.

Los recién casados se precipitaron en un vagón donde se hallaban dos señoras ancianas.

Lebrument dijo al oído de su esposa:

—¡Qué fastidio! No voy á poder fumar.

Ella respondió por lo bajo:

—A mí también me fastidia, pero no precisamente por tus cigarros.

El tren silbó y partió. El viaje fué de una hora, durante la cual apenas cambiaron algunas palabras, porque las dos ancianas no dormían.

Tan pronto como se hallaron en el patio de la estación de San Lázaro, el señor Lebrument dijo á su mujer:

—Si quieres, amor mío, vamos en seguida á almorzar al bulevar; después volveremos tranquilamente á buscar nuestro equipaje para llevarle al hotel.

Ella asintió inmediatamente.

—¡Oh! sí, vamos á almorzar al restaurant. ¿Es muy lejos?

—Sí, un poco lejos, pero iremos en ómnibus.

Pasaba á la sazón uno al trote, de tres caballos. Lebrument gritó:

—¡Conductor! ¡eh, conductor!

El pesado vehículo se detuvo. Y el joven notario, empujando á su mujer, le dijo, muy de prisa:

—Entra, que yo subo arriba para fumar al menos un cigarro antes de almorzar.

Apenas tuvo ella tiempo de responder; el conductor, que la había cogido del brazo para ayudarla á subir, la precipitó dentro del omnibus y ella cayó aturdida sobre un banco, mirando con estupor á través del vidrio los pies de su marido que subía sobre el imperial.

Y permaneció inmóvil entre un señor grueso que fumaba una pipa y una vieja que olía á perro.

Los demás viajeros, alineados y mudos,—un mancebo de botica, una costurera, un sargento de infantería, un caballero de dorados lentes y sombrero de seda con enormes alas levantadas como canal de tejado, dos señoras de aire importante y roñoso, que parecían decir con su actitud: «Estamos aquí, pero pertenecemos á mejor sociedad,» dos buenas hermanas, una chica de gran cabellera y un pilluelo—parecían una colección de caricaturas, un museo grotesco, una serie de figurillas de rostro humano semejanado esas filas de muñecos que sirven de blanco á los tiradores de las ferias.

La joven permanecía inmóvil.

—¿Por qué no me habrá acompañado? se decía. Un vago sentimiento de tristeza la oprimía. Hubiera muy bien podido, á la verdad, privarse de ese cigarrillo.

Las dos hermanas hicieron señal de detener, y salieron la una delante de la otra, esparciendo olor de ropa vieja.

—Es más lejos de lo que yo creía, pensaba Juana.

El pilluelo se marchó y fué reemplazado por un cochero que olía á cuadra. La chica de largos cabellos tuvo por sucesor á un cobrador cuyos pies exhalaban el perfume de sus correrías.

La notaria se sentía mal, descorazonada, dispuesta á llorar sin saber por qué.

Otras personas bajaron y otras subieron. El ómnibus marchaba siempre por interminables calles, se detenía en estaciones y continuaba su marcha.

—¡Qué lejos es!—pensaba Juana. ¡Siempre que

no se haya dormido distraidamente!.. ¡Se ha fatigado tanto en estos últimos días!

Poco á poco se iban todos los viajeros. Juana se quedó sola, completamente sola. El conductor exclamó:

—¡Vangirard!

Como ella no se movía, repitió:

—¡Vangirard!

Ella le miró, comprendiendo que era el objeto de aquella exclamación, puesto que no había otro pasajero. El hombre repitió por tercera vez:

—¡Vangirard!

Entonces preguntó ella:

—¿Dónde estamos?

El conductor respondió con tono regañón:

—Estamos en Vangirard, diantre; lo he dicho más de veinte veces.

—¿Queda lejos el bulevar?

—¿Qué bulevar?

—Pues el de los Italianos.

—¿Desde cuando lo hemos pasado?

—¡Ah! ¿Quiere Vd. avisar á mi marido?

—¿A su marido? ¿Dónde?

—Pues, sobre el imperial.

—¡Sobre el imperial! hace mucho tiempo que no hay nadie ahí.

La joven hizo un gesto de terror.

—¿Como? No puede ser. El ha subido conmigo. Mire Vd. bien; debe estar ahí.

El conductor se hacía cada vez más grosero.

—Vamos, hija, basta de charla; por un hombre que se pierda, se encuentran diez. Despeje, hemos concluido. Encontrará Vd. otro por la calle.

Sus ojos se llenaban de lágrimas é insistió:

—Pero Vd. se engaña; por fuerza se engaña. Mi esposo llevaba una gran cartera bajo del brazo.

El empleado se echó á reír.

El vehículo se había detenido. Ella salió, y, á su pesar, por un movimiento instintivo, miró hacia la cubierta del omnibus. Estaba completamente desierta.

Entonces se echó á llorar, y en alta voz, sin pensar que la oían y miraban, dijo:

—¿Qué será de mí?

El inspector de la oficina se aproximó.

—¿Qué hay?

El conductor respondió en tono picaresco:

—Es una señora á quien su esposo ha abandonado por el camino.

El otro replicó:

—Bueno, eso no es nada; atended á vuestras ocupaciones.

Y giró sobre sus talones.

Entonces ella empezó á pasearse, demasiado azorada y confundida para comprender aun lo que le pasaba. ¿A dónde iría? ¿Qué iba á hacer? ¿Qué habría sido de él? ¿Cuál era la causa de tal olvido, de semejante error, de tan increíble distracción?

Tenía dos pesetas en el bolsillo. ¿A quién dirigirse? Y de repente se acordó de su primo Barral, jefe de negociado en el Ministerio de Marina.

Poseía la cantidad necesaria para pagar una carrera en coche. Se hizo conducir á casa del primo,

¿A QUÉ VAN VDES.



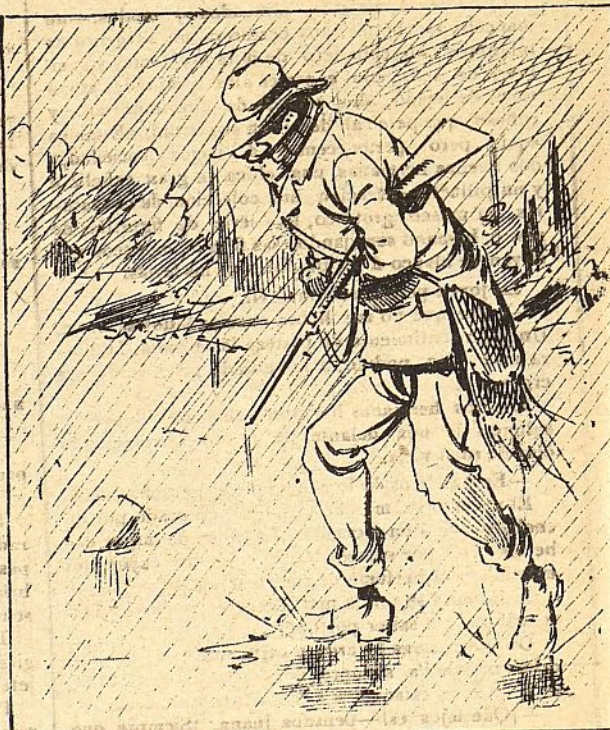
A ganar el pan con el sudor del rostro



A ver si cae un conejo cualquiera



A lo mismo de la otra tarde

A gozar de placeres y emociones,
con morral, escopeta y perdigones.

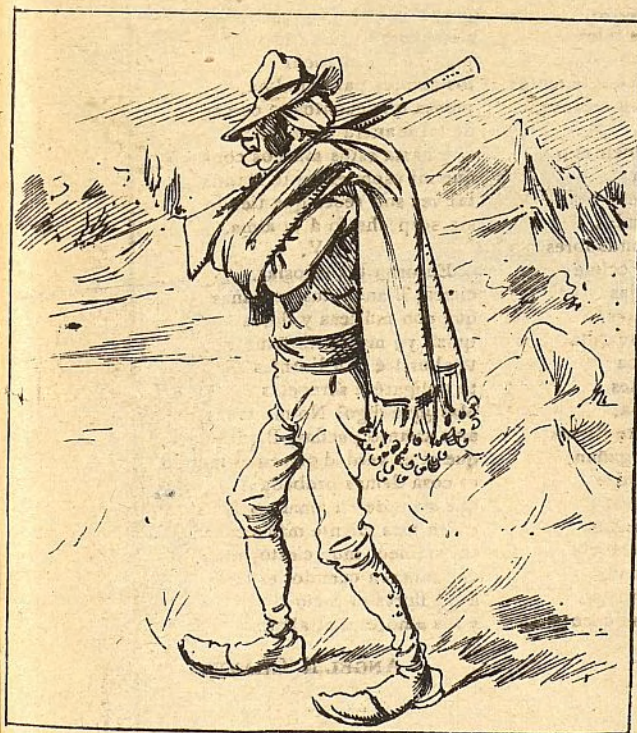
AL MONTE? POR CILLA.



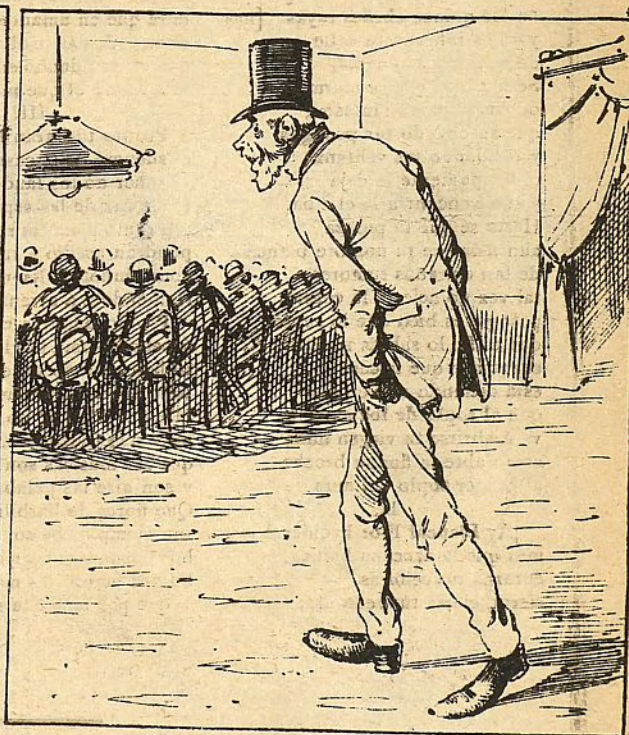
Por si da la casualidad de que me topo con la Ambrosia y la armemos



A cumplir con su deber



A repetir la frase consabida de ¡la bolsa ó la vida!



A dar tres golpes á aquella peseta.

y llegó cuando éste salía para la oficina. Llevaba como Lebrument una gran cartera bajo el brazo.

La joven se lanzó del coche exclamando.

—¡Enrique!

El se detuvo estupefacto.

—¡Juana...! ¿aquí...? ¿tan sola...? ¿Qué haceis? ¿De dónde venís?

—Mi marido acaba de extraviarse en este momento, —balbuceó, con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Extraviarse! ¿Dónde?

—Sobre un omnibus.

—¿Sobre un omnibus...? ¡Oh...!

Juana le contó llorando su aventura.

El la escuchaba reflexionando. Después preguntó:

—¿Esta mañana tenía bien la cabeza?

—Sí.

Bien. ¿Llevaba mucho dinero en los bolsillos?

—Sí; llevaba mi dote.

—¿Tú dote... entero?

—Completo... para pagar en seguida su notaría. Pues bien, mi querida prima, tu marido á estas horas debe hallarse camino de Bélgica.

Ella apenas comprendía y tartamudeó:

—Mi marido... ¿crees...?

—Creo que ha volado con todo tu dote... y eso es todo.

Juana permanecía de pié, sin aliento, murmurando:

—Entonces... ese... ese... ¡ese es un miserable!

Después, desfallecida de emoción, cayó en los brazos de su primo, sollozando.

Como los que pasaban se detenían para mirarlos, él la empujó muy dulcemente hacia el portal de su casa, y, sosteniéndola por el talle, la hizo subir la escalera. Cuando su criada, sobrecogida, abría la puerta, le dijo Barral:

Sofía, corre al restaurant y trae un almuerzo para dos personas. Hoy no iré al Ministerio.

GUY DE MAUPASSANT.

CONSEJOS

I.

Me han dicho, Blanca queape- en los quince abriles rayas [nas y ya es infierno tu calle de quejas y serenatas. Sé tambien que se murmura de cierto galán fantasma que acechando tus postigos y rondando tus ventanas el sol poniente le deja y suele encontrarle el alba. Harto sé que tu pureza, aun más que tu nombre blanca de tan extraños rumores tal vez no acierta la causa; pero ya es bien que lo sepas que al fin lo sabrás mañana, ese rumor que te cerca está diciendo en voz alta que al soplo de los amores vá á abrirse tu virgen alma como abre la flor su broche al primer soplo del aura.

II.

¡Ay Blanca! Flor hechicera más que la azucena blanca, entorna tus celosías, cierra, cierra tus ventanas;

no escuches de rondadores las mal sentidas palabras, mira que en amantes lides es cosa demás probada que el más ducho en fingimientos es siempre el que más alcanza.

III.

Pronto turbarán bien mío el silencio de tu casa el tañer de los laudes el chocar de las espadas.

Pronto amantes rondadores pondrán asedio á tu calma aburriéndote á lisonjas rindiéndote á serenatas.

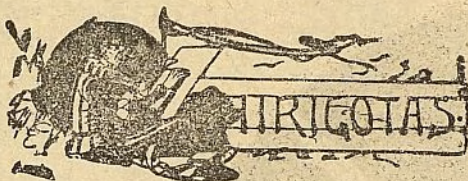
Pronto hallarás cada día á penas asoma el alba tu balcón todo billetes todo flores tu ventana. Mas ¡ay Blanca! no te rindas mira que todos te engañan, que las músicas son aire y son aire las palabras. Que flores de barbilindos son ejemplos de constancia hoy lozanas y garridas tal vez marchitas mañana. Y que por más que se cuente

para vencer tu constancia que Dios amar nos ordena y son cosas necesarias para la flor el rocío los amores para el alma, piensa que cuantos te cercan de tal manera te engañan que hasta estos mismos consejos que mi experiencia te manda tal vez son redes que tiendo sin sospecharlo á tu alma.

IV.

Entorna tus celosías, cierra, Blanca tus ventanas que con músicas y flores quizá yo mismo mañana te aburriré con lisonjas te obligaré á serenatas Mas ¿que digo? No me creas ama cuanto puedas, Blanca, que si es verdad que en el mundo es cosa demás probada que siempre en amantes lides quien más miente más alcanza, es tambien, muy cierto, niña, que mueren cuando les falta á las flores el rocío y los amores á el alma.

ANGEL R. CHAVEZ



Solución al geroglífico del número pasado:

NO HAY ENEMIGO PEQUEÑO

La ha remitido el primero (y el único) el señor don Virgilio Soler, de Barcelona, á quien desde 1.º de Enero próximo serviremos gratis la suscripción de un año á LA SEMANA CÓMICA.

Se han recibido, además, 53 soluciones inexactas.



En el número que viene —que será el último de la colección del presente año,— daremos cuenta á Vdes. de la serie de reformas que en la publicación pensamos introducir desde 1.º de Enero próximo.

Por hoy, básteles á Vdes. saber que desde esa fecha nos honrará colaborando en LA SEMANA CÓMICA, semanalmente y sin interrupción el reputado artista, D. Apeles Mestres, del cual publicaremos una serie inédita de *Cuentos vivos*, ingeniosos como suyos, y como suyos originales y bien ejecutados.

Además...

Pero he dicho que de ello daría cuenta á ustedes en el número próximo y hasta entonces deben Vdes. tener la bondad de esperarse.

Hasta el día 31 pués y mientras tanto... ¡buenas Navidades pasen Vdes!



Damos las gracias más expresivas á la prensa, tanto de Barcelona como de Madrid, por las lisonjeras frases que ha dedicado á nuestro Almanaque (cuya edición, dicho sea de paso, está casi agotada).

Son Vdes. muy buenos, colegas, y pueden Vdes. mandarme y contar para lo que valga, con mi sincera gratitud.

Que con ser grande, es pequeña para la que ustedes merecen



A un cartero muy guasón
dijo una moza atrevida:
—No echará Vd. en su vida
una carta en mi buzón.
Y al ver su mucho resuello,
Respondióle aquel:—¡Hay Blanca!
Cuando tú eres ya tan franca,
alguien te habrá puesto el sello.

J. ORIOL LOPEZ.



A la hora de entrar en máquina el presente número, no hemos recibido la *Crónica* de nuestro querido compañero Royo y Vilanova, que actualmente se halla en Zaragoza.

No es la primera vez que esto sucede; y siempre que hemos reclamado por tal tardanza, ha resultado que la culpa la ha tenido el servicio de Correos, que... caro se será, pero lo que es malo....



«¡Qué inventos tan atrevidos!
¡qué cosas tan portentosas!
¡siempre pasan estas cosas
en los Estados Unidos!»

Pues verán Vdes. lo que allí ha pasado:

«Una señorita de Boston que se hallaba en estado de excesiva pobreza y tenía sobra de ingenio tuvo la feliz ocurrencia, para enriquecerse, de ponerse en rifa.

El concurso fué admirable el día del sorteo, al cual asistieron todos los postulantes con las ochocientas mil papeletas, expandidas á 20 reales cada una.

La suerte favoreció á un zapatero, á quien inmediatamente la señorita propuso 200.000 pesos porque la dejara libre.

El maestro aceptó, quedando ella rica y en completa libertad de acción.»

Supongamos que creemos en la exactitud de la noticia [que es suponer]

Y una vez supuesto ¡temblemos por la tranquilidad de nuestros hogares!

Porque si se convencen *ellas* (las de aquí) de que hay en España 800.000 sujetos dispuestos á formarle una dote de igual número de duros ¡no van á ser rifas femeninas las que se armen!

Bien que para lo *señorilas* que serán esas señoritas tan... *sorteables*, vale más que se rifen ellas mismas.

Antes que *nos las rifemos* nosotros.

Cuadro de honor

CORRESPONSALES

que nos deben y no nos pagan

	Ptas.
» Ignacio Guerola, de Valencia	261
» P. García de Valladolid, de	
» Murcia	152'68
» Severino Valdés, de Gijón	105'50
» Pedro Arnaez, de Ávila	106'80
» Ramón Perez, de Alcoy	50'38
» E. Araujo Bodero, de Lugo.	64'50
» J. Julián, de Almería	30
» Juan J. del Aguila, de Vigo	46
» Manuel Garrigós, de Murcia	65'40
» Constantino Vilasau, de Palafrugell.	
» Miguel Escobedo, de Novelda	19,62
» Santiago Perez, de Cáceres	18

TOTAL. . . Pesetas 919'88

Imp. de Calzada. Arco del Teatro, 9, pasaje.



Dibujado por Apeles Mestres, Carrasco, Cilla, Cuchy, Escaler, Lago, Luque, *Mecachis*, *Melitón Gonzalez*, Moya, Pahissa, Peller, Planas, Pons y Vazquez. Redactado por Almodobar, Vital Aza, Campoamor, Ricardo J. Catarineu, Sinesio Delgado, J. Feliu y Codina, A. Perez Nieva, Angel Guimerá, J. Lopez Silva, Emilio de Motta, Narciso Oller, Manuel del Palacio, Constantino Gil, J. Perez Zúñiga, Jacinto Octavio Picón, L. Royo Villanova, A. Sanchez Perez, Fernando Segura, Federico Soler (*Pitarra*), Luis Taboada, F. Urrecha, J. Ixart, José Zahonero y otros.

ESTÁ CASI AGOTADA LA PRIMERA EDICIÓN

Precio: 2 reales

